



AGENDA SETTING
Información para la toma de decisiones políticas
Reporte Semanal

Los problemas del PRD en el DF

No. 35,

Lunes 16 de enero, 2012,

Grupo Editorial Transición
Departamento de Análisis Político
www.grupotransicion.com.mx
Publicación semanal,

Coordinador: Carlos Ramírez.

Agenda setting

No. 35, lunes 16 de enero de 2012.

El acuerdo político de López Obrador con Marcelo Ebrard para cambiar la candidatura presidencial con la designación interesada del candidato de la alianza PRD-PT-MC-Morena a favor de los intereses de continuidad del grupo ebradista en el gobierno del DF ha causado estragos internos en el partido. No se advierte una fuerte oposición al mecanismo de la encuesta interna, pero sí han circulado críticas muy severas al PRD, a Ebrard y a la encuesta por parte de importantes figuras del perredismo.

Dos ex militantes del antiguo Partido Comunista Mexicano rompieron lanzas contra Ebrard: Pablo Gómez Álvarez y Arnaldo Córdova. La advertencia fue más allá de la simple crítica la encuesta y se situó en una severa requisitoria contra la forma de operar del PRD en el DF, del desgaste del partido en el ejercicio del poder y de la perversión de la organización social derivada en simples grupos beneficiarios de programas asistencialistas. Es decir, los dos pusieron en duda la viabilidad del PRD como fuerza de la izquierda en la capital de la república y de paso dejaron ver su crítica contra el candidato *oficial* de Ebrard, el ex procurador Miguel Angel Mancera.

Por lo pronto, los dos textos --el de Gómez publicado en *Milenio* el viernes 13 de enero y el de Córdova en *La Jornada* el domingo 15 de enero-- abrieron ya un debate sobre el futuro del PRD no digamos en las elecciones de julio próximo, sino en la realización de la encuesta misma. Ebrard y Manuel Camacho Solís, éste dirigente del DIA o agrupación de la alianza PRD-PT-MC, no dieron muestras de haber recibido el mensaje y continuaron el fin de semana con el levantamiento de la encuesta, pero en medio de quejas de los precandidatos Miguel Angel Mancera y Alejandra Barrales.

Por su importancia, transcribimos los dos textos.

¿Elección o designación?

Pablo Gómez Alvarez

Milenio

La encuesta que se realizará el próximo fin de semana para definir la candidatura de las izquierdas al gobierno de la Ciudad de México es en realidad un mecanismo de designación, aunque éste se encuentre en manos de tres mil personas seleccionadas aleatoriamente, la mitad de las cuales de seguro que no responderá. El punto es importante porque subraya la ausencia de una votación democrática.

El PRD ha mostrado otra vez su incapacidad para organizar comicios sin la realización de fraudes por parte de muchos de sus dirigentes. Este es quizá el mayor fracaso del más importante partido de izquierda de la historia de México. Cualquiera hubiera negado hace años que tal cosa pudiera ocurrir. Se trata de una crisis de moralidad que invalida al PRD como un partido fundamental del pueblo y la nación, lo que antes fue.

En la Ciudad de México, el PRD siempre eligió a su candidato a jefe de gobierno mediante el voto abierto de la ciudadanía. Así surgieron las candidaturas de Cárdenas, López Obrador y Ebrard. De esos comicios se derivaron gobiernos elegidos por el pueblo, los primeros tres de la historia de una ciudad sometida al dictado personal de los sucesivos presidentes. Esa trayectoria democrática fue un sello de orgullo. Hoy se ha confirmado que la falta de respeto a la ciudadanía, procedente del partido antidemocrático histórico mexicano —el PRI—, puede volver ante la crisis de la izquierda y su incapacidad para mantener una mínima consecuencia democrática.

Si en la izquierda se hubiera presentado un solo aspirante, las cosas serían del todo diferentes. Aquí también es de señalarse la falta de una política para ubicar a un dirigente a la cabeza del partido, de la izquierda y de un proceso democrático. Todo ha sido hasta ahora un desastre, el cual tiene responsables concretos, sin duda.

Si la encuesta tuviera que verse aislada sería un desatino, pero por los mismos motivos se proyecta hacia todas las candidaturas, aunque al final habrá

arreglos. Así que la competencia interna por el poder que se produce en el PRD carece de reglas democráticas. El fondo entonces consiste en el clientelismo partidista y el desplazamiento casi total de los militantes individuales. La estructura perredista no es más que una colección de grupos clientelares, necesarios para las contiendas internas pero absolutamente insuficientes para la lucha política: la bancarrota de la misma ha venido a cancelar el voto preelectoral, la más elemental democracia.

No parece estar en juego, a las claras, un proyecto de reformas para la ciudad, sino la continuidad de una burocracia que, aunque evitable, se fue creando con base en el ejercicio del poder, en especial en las delegaciones donde el mando unipersonal, la ausencia de controles mínimamente democráticos y la ampliación del gasto sin planeación ni políticas defendibles ha generado una estructura poco útil y proclive a la corrupción.

Al PRD lo justifican los nuevos derechos conquistados, el sostenimiento de una política social única entre las entidades federativas del país, la cautela en el uso de la represión policial y los contrapuntos políticos frente al gobierno federal. El pluralismo en las administraciones locales ha generado una competencia que no lo sería verdaderamente sin la concurrencia de la izquierda, pero es evidente que eso no es suficiente. Si el gobierno de la capital sigue tan distante del problema del partido y se suma a todas las malas mañas perredistas habrán de darse nuevos pasos hacia atrás, a tal punto que la generación capitalina que luchó por la democracia en el país y en la ciudad tendrá que intentar un reinicio. La crisis del PRD no será para siempre.

Algo más: la completa crisis del PAN en el DF no tiene medida. Esa sí que parece increíble, como lo demuestra la “bocanada de aire fresco” anunciada por su presidente nacional al dar a conocer una candidatura decidida por quien jamás se sabrá. No hubo siquiera convocatoria.

La izquierda en el gobierno del DF

Arnaldo Córdova

La Jornada

Cuando en 1997 Cuauhtémoc Cárdenas ganó las elecciones al Gobierno del Distrito Federal, muchos nos preguntamos si había sido porque él era el mejor candidato entre todos los que compitieron o si, en cambio, había sido porque era el candidato de izquierda. En cierto sentido, la pregunta era ingenua y limitada, pues era evidente que había sido no sólo por esas dos cualidades, sino por muchos otros factores, como el hartazgo con la corrupción y el mal gobierno de los mandatarios priístas que hasta entonces se habían sucedido o una simple curiosidad ciudadana por ver, en la capital, cómo se podía desempeñar un gobernante de nuevo cuño.

Haber ganado con más del 47 por ciento de la votación fue de verdad sorpresivo, igual que lo había sido, diez años antes, el que el PRI perdiera su mayoría absoluta en las votaciones defeñas y también su tradicional hegemonía en una ciudad que siempre había sido conservadora y conformista. Se trató de una victoria extraordinaria y arrasadora. Pareció ser, además, de largo alcance, lo que se ha demostrado por el hecho de que, desde entonces, la izquierda ha mantenido su dominio indisputado. Pero lo que quedó para la historia fue que había sido un triunfo histórico para la izquierda.

Con el tiempo y viendo el comportamiento del electorado capitalino, se fue comprendiendo un poco mejor las razones de ese suceso de la izquierda. Se ha dicho muchas veces, aunque se haya estudiado poco: en el DF existe una ciudadanía que es la más ilustrada políticamente del país; aquélla es la entidad que tiene la mayor concentración de riqueza y de cultura; sus ciudadanos son los mejores observadores de la política, puesto que viven en el centro del poder nacional; son los que siempre cuentan con mayor información y, por si fuera poco, los que deciden y votan con más libertad y mayor información.

Los gobiernos de izquierda, por su lado, han sabido gobernar atendiendo las más importantes demandas de la población, si bien no exentos de errores y pifias o, incluso, de corruptelas que se han dejado correr sin corrección alguna y muy acriticamente, sobre todo en el último periodo de gobierno. El resultado político de ello es que los ciudadanos lo resienten y eso los lleva a comportarse

con desilusión y hasta con indignación por actos de gobierno que en mucho reflejan el viejo autoritarismo y el desaseo con los que se gobernó a la capital.

Por primera vez estamos ante la disyuntiva real de que la izquierda pierda las elecciones de este año, porque han comenzado a darse signos ominosos de inconformidad y rebeldía de la ciudadanía por actos ciertos de mal gobierno. Eso, acompañado de cierta petulancia y prepotencia de funcionarios públicos que han perdido la antigua humildad con la que se enfrentaron los problemas y también la determinación de hacer bien las cosas. Muchos de esos funcionarios han llegado a confesar que no se consideran de izquierda ni, mucho menos, pertenecen al partido gobernante, el PRD, lo que de ningún modo podría considerarse un defecto.

El ascenso al poder, desde luego, ha beneficiado abundantemente al PRD, convirtiéndolo, como efecto inmediato de las victorias electorales, en un partido con ascendiente y consenso populares; pero su tradicional tara, el ser una reunión de tribus oportunistas y díscolas, feroces en la lucha por el botín y tendencialmente indisciplinadas y logreras, no le ha dejado convertirse de verdad en una fuerza política gobernante. El rol cohesionador y disciplinario lo han desempeñado los gobernantes en turno, que muchas veces han tenido que convertirse en apaciguadores de los conflictos internos.

Tal vez a ello se deba el hecho de que el último gobierno perredista aparezca, sobre todo, en los últimos tiempos, como un gobierno poco identificado con la izquierda histórica y cada vez más alejado de las políticas que sus antecesores siguieron. Independientemente del significado real que haya tenido el pacto entre Andrés Manuel López Obrador y Marcelo Ebrard en su reconciliación, el hecho es que desde ese momento éste último ha tenido total libertad para decidir en torno a las determinaciones que formalmente corresponden al partido. Eso se puede ver en el proceso que sigue la sucesión al gobierno del DF.

El vuelco que se ha dado en derredor de la precandidatura del ex procurador Miguel Angel Mancera es revelador de lo que decimos. Las cosas en lo tocante a la elección del futuro candidato de la izquierda ya no se deciden dentro de los partidos, sino en las alturas del poder. Al parecer, Mario Delgado era un

prospecto del jefe de Gobierno para contender dentro del PRD; cuando eso ya no fue necesario, por todo lo que he apuntado antes, Mancera se convirtió en el favorito. Él fue uno de aquellos funcionarios a los que antes me referí y que negaron ser de izquierda (varias veces dejó en claro de no pertenecía al PRD ni pensaba ingresar al mismo).

Se trató de un ascenso meteórico. Hasta hemos podido observar una especie de cargada oficialista proveniente de diferentes ámbitos a favor del elegido. Resulta muy curioso que el hecho de que se trate de un abogado que no ha tenido mayor participación en la política (de hecho era un apolítico hasta que se supo de sus aspiraciones) se le quiera presentar como garantía de un triunfo seguro y se diga, sin mucho análisis, que es el prospecto que evitará que el PRI (con Beatriz Paredes como su candidata) triunfe en las próximas elecciones. Muchos atribuyen, al parecer con razón, a Manuel Camacho el ser el aprendiz de brujo que ha cocinado todo este proceso.

De repente todos aquellos otros prospectos que surgieron de las filas del PRD (Martí Batres, Alejandra Barrales o Joel Ortega, aunque éste con su propia base política) o de otro partido de la coalición (el muy peculiar Gerardo Fernández Noroña) se opacaron ante el candidato independiente en pos del cual se arremolina la cargada. En los hechos, el PRD ha desaparecido como actor de este proceso y sus diferentes tribus alegremente participan de la cargada, dando un espectáculo bochornoso (el caso de Izquierda Democrática Nacional, de Bejarano, es casi emblemático, pues con ser la corriente mayoritaria en la entidad, no tuvo de dónde sacar un candidato propio).

Lo que causa verdadera hilaridad es que se considere inevitable el triunfo del PRI sólo porque su abanderada podría ser la tlaxcalteca Beatriz Paredes. Es verdad que ella sería una excelente candidata para ese partido; pero éste en el DF es, auténticamente, una caricatura de partido, dividido por la mitad y sin bases reales de apoyo. En una entidad que ha mostrado un antipriísmo ya tradicional desde los lejanos años ochenta, es mucho más temible el PAN, con una sólida base social, si bien muy localizada en ciertos puntos de la geografía defeña.

Yo habría preferido que las bases del PRD (y de los otros dos partidos de la coalición) hubiesen tenido la oportunidad de decidir por sí mismas quién sería su candidato. Yo, desde luego, me habría pronunciado por Martí Batres, un verdadero prospecto de izquierda, con trayectoria política, legislador en varias ocasiones y un funcionario honesto y eficaz. Todo eso ya no es posible (si alguna vez lo fue) y la contienda electoral será ya muy otra cosa.

www.grupotransicion.com.mx

---0---